

M.<sup>a</sup> Victoria Reyzábal

## Corrimiento poético: de la lucha social a la conciencia de otras marginalidades

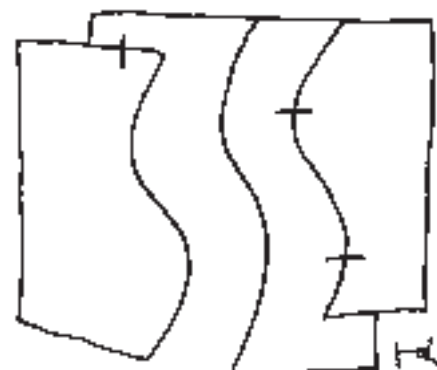
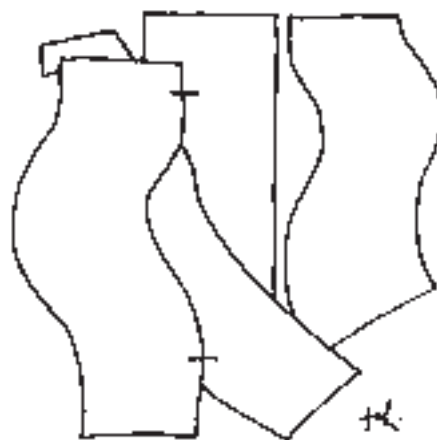
La llamada lucha de clases, las críticas políticas radicales, la visión de un necesario y urgente cambio de sistema parecen haberse debilitado en países que, como España, han “mejorado”, mostrando un marco capitalista más próspero en cuanto a las ganancias de una clase media cada vez más amplia (en la que suelen ubicarse, y no hay que olvidarlo, funcionarios, profesionales como los periodistas, intelectuales y artistas que son los que junto con el gobierno, los partidos políticos, los sindicatos, etc., intervienen en la creación de la opinión pública) y un sector de la población tan empobrecido como antes pero hábilmente subvencionado y/o asistido por instituciones públicas, ONGS, Asociaciones... Esta situación facilita la resignación ante las ganancias desmesuradas y abusivas de bastantes empresarios, ciertas prácticas corruptas de los políticos e, incluso, la precariedad del empleo, entrecruzado de sub y subcontratas, a veces, nada responsables. Este “bienestar” de economía de consumo acelerado, obviamente, genera un individualismo, distante de los problemas y necesidades de los otros (pero no necesariamente del otro), salvo en el caso de los miembros de la propia familia que hasta ahora parece haber mantenido (sobre todo de padres a hijos y no tanto a la inversa) puentes de solidaridad. De esta forma y como dice Isabel Pérez Montalbán en el poema “Izquierda/Derecha” de *Cartas de amor de un comunista*, todo esto sucede: *mientras, el infierno sigue abajo, / la derecha construye un cementerio / y la izquierda, un eclipse de emergencia.*

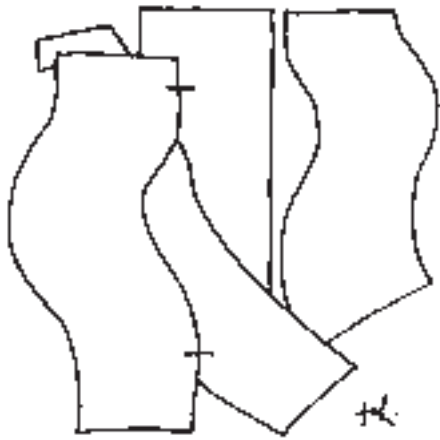
Así vistas las cosas, no resulta extraño comprobar cuánto y cómo han descendido las militancias verdaderamente comprometidas (evidente, por ejemplo, en muchos de los liberados sindicales) y las manifestaciones literarias o artísticas de denuncia político-social sería y continuada. No obstante, algo de ello hemos podido vislumbrar en el caso de la guerra de Irak, si bien el poco efecto que han tenido las masivas manifestaciones en relación con lograr cambios en la política gubernamental, hace suponer una desactivación de dicha lucha como ya se está observando.

La conciencia social basada en ideologías claras que conduce a la crítica, tradicional en la literatura peninsular e hispanoamericana, se ha descafeinado en España, salvo en el caso de algunos dignos representantes, o ha pasado a ocuparse de diferentes formas de marginalidad, dolor o desesperanza. A tal cambio de perspectiva también puede haber contribuido la incorporación de la mujer a este campo y sus “tradicionales” o “nuevas” maneras de cuidar, proteger, consolar al “desvalido” o encauzar al “desviado”(1), cuando no a sí misma (2), algo que se constata en “Para quien escribo” de Isla Correyero (*Diario de una enfermera*). En este sentido, tres poetas sirven de base para una fundamentación que requiere otras constataciones antes de generalizarse, pero que abre una nueva línea de análisis que no puede pretender exclusividad: Concha Zardoya, Isabel Pérez Montalbán e Isla Correyero. Tres mujeres con evidente conciencia social y un progresivo compromiso con los que sufren enfermedades diversas y hasta con los muertos.

(1) Yo misma en mi obra *Instancia en la locura* definiendo el derecho a la propia locura, como manera de no ser asimilado por el sistema.

(2) Lo que se evidencia también en mi libro *Ora pro nobis*.





### Concha Zardoya (1914)

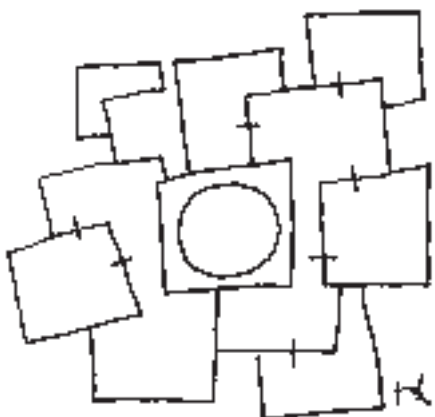
La escritora Concha Zardoya, presenta toda una vida dedicada a la poesía (además de a la traducción y a la crítica literarias), en su obra *Antes que las palabras* (1996) confirma que el poema es una rememoranza, un trasvase de la existencia. “Recordar es oficio / que se aprende soñando / hacia atrás lo vivido”. No obstante, también destaca la necesidad de “soñar”, de reinventar desde la propia sensibilidad y, por qué no, desde la ideología, los acontecimientos. Así, el poema “El Pan” es una muestra de crítica triste y resignada, en la que sólo el yo poético parece asumir su responsabilidad, pues no se tiene en cuenta la de otros: *Este pan es silencio congelándose / en granítica roca de vergüenza. / En cada mediodía y cada noche / repítese la imagen ya grabada / en tu conciencia inerme y sin consuelo.*

Incluso en el caso de la denuncia de atrocidades que remiten al nazismo o al fascismo, y a pesar de la alusión al “itálico César”, la maldad, la xenofobia, el belicismo parecen más un desastre natural que las acciones de un grupo de culpables: *Viejos miedos renacen y memorias / de antiguos holocaustos... / Ya vivientes, / se encienden las venganzas / de otro tiempo.*

Sin embargo, en “Andrómeda”, la crueldad se ubica geográficamente y se concreta en Sarajevo, centrándose en las mujeres: *¿Quién salvará de Gorgo a las doncellas / que en Sarajevo violan? Impasibles, / no dictan las naciones ley ninguna / y los míticos héroes / no existen ni se invocan en secreto.*

Es un lamento histórico y presente, coetáneo, que toma como referente la cultura clásica, la desgracia de Troya y sus habitantes, algo que se evidencia también en la siguiente composición “Andrómaca I”: *Viuda, madre sin hijo, / hermana sin hermanos, / desconsolada huérfana, / esclava de la Muerte,* pues éstas son *penas que se repiten, / se agrandan con los siglos,* idea que se prolonga también en “Andrómaca II”: *¡Cuántas hermanas tuyas rivalizan / hoy contigo en Bosnia-Herzegovina, / Andrómacas que mueren más que viven! / Humanos testimonios que nos duelen / en estas Troyas últimas / de ruinas calcinadas donde el hambre / habita clandestino. // Y apenas sobrevive en la vergüenza de todo el universo... // La indiferencia, hoy, destruye el mito, / aunque todos hablemos de derechos, / de códigos y humanas exenciones... / El holocausto hoy es obra cósmica / sin conciencia de nadie que lo asuma.*

La inhumanidad de la guerra, la miseria de los pobres, la injusticia no conducen a exigir la acción, a la denuncia de sujetos y/o sistemas deshumanizadores y personalizados, la autora se duele con el dolor ajeno, le produce “vergüenza”, cargo de conciencia, pero no manifiesta explícitamente la necesidad o la utilidad de unirse con otros para luchar con el fin de que las cosas cambien. La pobreza y el hambre conmueven como lo hace la película *La quimera del oro*, son motivos que desgarran pero que no se convierten en discurso político sino ético, no promueven una tarea colectiva sino un desconsuelo individual, actitud que destaca en “Diógenes”, quien continúa buscando “a un hombre honrado”. Pero en “Palabra secretísima”, ya la enfermedad con su terrible final resulta una “condena”, otra forma de tortura que debe ser delatada. Dentro de esta propuesta, en la obra conceptos como infancia, familia, hogar se transmutan en diferentes palabras clave que remiten a lo doméstico, a la moral cotidiana y no al ámbito de lo político y grupal o pro-



pio de la justicia social, lo individual destaca sobre el conjunto definido a la manera de la propia autora en *Sintonimias del adiós* (2002), la poética se queda en ética como en “Plural identidad”: *El tú y el yo: nosotros. / Eres. Soy. Juntos, somos. / Plural identidad / que nos trasciende / a todos*”.

### *Isla Correyero (1957)*

Es en *Diario de una enfermera* (1996), donde el yo poético sostiene: *Inclino la cabeza para que nadie sepa que ya no soy humana... Todos los enfermeros provenimos de una raza de autómatas. Clínica y prisión se emparejan, a través de sus “guardias de seguridad”. La inocencia del “paciente” que debe sufrir la doble cruel condena de la enfermedad y su tratamiento se explicita en los descendientes que sólo se interesan por lo que queda: “Sus hijos se reparten la herencia tenebrosos, felices y excitados”. La muerte es un desastre colectivo en cuanto drama que no afecta sólo al fallecido (*Después de la última uva dorada de este año daremos a los padres del cadáver la noticia terrible*), mientras los antibióticos, los analgésicos, los anestésicos, los laxantes, etc., aparecen como dádiva y coartada. Y se retrata la inutilidad de los que quieren hacer algo y no pueden, pues salvar al reo de su lecho, de su dolor, de su deshumanización y su destierro definitivo resulta tarea imposible: *Son seres desafortunados. / No luchan ni leen. / Saben ya que están muertos.**

Entonces, quedan como icono simbólico, las pequeñas cosas del día a día, grotescas, absurdas, inútiles sin su dueño, delatadoras de vacíos amargos, de despedidas terminales: *Están todas en el baño apiladas: la cuña, la botella, / las toallas, la copa de la orina, el cepillo de dientes. / ¿Para qué quiere un cepillo de dientes un moribundo? / La maquinilla de afeitarse, el jabón y el papel blanco. / Las cosas del abandono. / Las de la amargura.*

Por eso, la indiferencia de los sanos, de los vivos, de los que centran su trabajo en estas personas, habla de algo duro y necesario, inaceptable e inevitable, manifiestan la “generosidad” del sistema que encierra a sus necesitados en manicomios, clínicas, prisiones...: *Lo hemos amortajado entre algodón y bromas y hemos sellado sus ojos con el <<Nobecutane>>. / Creímos ver un músculo facial que se movía... / Nada. / Trabajamos nerviosos, alegres. / Falta muy poco para irnos a casa. / Estamos riendo mientras fumamos y bebemos nieve. / Nosotros no somos culpables. El dolor y la muerte es / de ellos mismos. / Hoy, hemos notado que nos miran como a sus adversarios. / Pero no es así. Nosotros no somos culpables.*

No hay oraciones, gritos, rebeliones... la desgracia se acepta, es inevitable, aunque no se entienda. Los que deberían luchar hacen de su misión una rutina, una obediencia a normas, prescripciones, Mutuas... Todos pasaremos por ella, pero nadie quiere admitirlo. Nunca como ahora se negó la enfermedad, la vejez, la muerte. Vivimos como si fuéramos eternos e irresponsables de lo que sucede, en realidad al pasar de lo comunitario a lo individual, la responsabilidad se subjetiviza, se relativiza y el sistema queda liberado de cualquier otro deber pues ya hace todo lo que puede. La injusticia, la esclavitud de la mujer, la pobreza, la explotación de los niños creemos que queda lejos, en otros planetas, pero sobre todo damos por hecho que ese estado de cosas no proviene de culpables sino de mentes enfermas. Dentro de esta perspectiva de patologización todos necesitamos alguna terapia, incluso quien continúa su



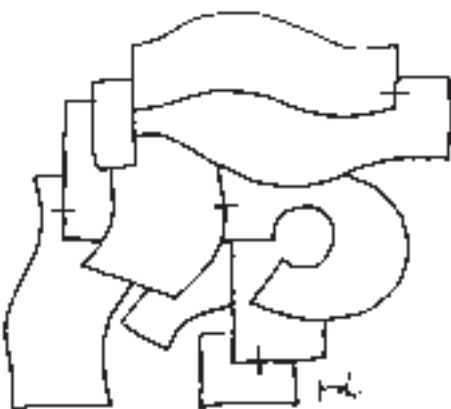
quehacer cotidiano hasta el último día: *Sé que voy a morir antes del próximo invierno. Pero / he sembrado las patatas, el trigo y las cebollas. Sigo / dando de comer a las gallinas y a los cerdos, aunque / sé que voy a morir antes de las heladas.*

Así, el enfermo, maltratado o tratado como un objeto, agradece que alguien se ocupe de él, que le atiborren de mil cosas en las que depositar la esperanza: *A chorro el Hemoce, la Licaína y el Seguril en vena / entraban a una masa que emitía lamentos, pues sabe que Los enfermos son otra / basura en movimiento.* Por ello en países como el nuestro con supuestos superavits financieros, las listas de espera para lograr la atención de algunos servicios sanitarios se eterniza como los juicios. Los enfermos y los delinquentes son escoria, algo que impide la marcha triunfal de los fuertes, por eso hay que reprimirlos, encerrarlos, o, al menos, ocultarlos. Mientras en la literatura lo feo, lo grotesco, lo lacerado se erige como nuevo paradigma estético, algo que pretende poner a los actuales desheredados como protagonistas o como seres por los que se debe luchar.

### *Isabel Pérez Montalbán (1964)*

Dos libros de esta autora me parecen significativos dentro de la perspectiva que estoy describiendo: *Cartas de amor de un comunista* (1999) y *Los muertos nómadas* (2001). El primero es un ejemplo de “soldado” vencido, no tanto por los enemigos como por el devenir de la historia, el debilitamiento de las ideologías y la carencia de grupo de referencia. El protagonista es un militante individual que regresa al amor abandonado, es decir al ámbito de lo privado, cuando la razón de su ser político ya ha desaparecido y la burguesía es un escalón supuestamente alcanzable para muchos proletarios. Cuando escribe sus cartas lo hace desde el dolor y el desengaño, desde el fracaso de su proyecto. Éstas son para la mujer que amó y abandonó por dar su vida por la causa, sin embargo la autora agrega algunas notas al pie de cada epístola o sea las mismas citas previas al libro las que aclaran su visión para encuadrar los poemas en circunstancias históricas externas a la creación literaria, a partir de ello parece percibirse que la denuncia cabe más en las incorporaciones “extraficciones” o paratextuales que en las propias composiciones poéticas. La trayectoria del protagonista se evidencia a partir de la primera entrega “Manifiesto”: *Y ya que no he de completar la Historia, movilizar ejércitos, perpe- / tuar monumentos o convocar odiseas –nunca cruzadas, amor-, deja- / me anidar fracasos en tu vientre,* es decir como la lucha civil es imposible, recógeme en tu regazo, acógeme en el hogar. Esta postura no debe extrañarnos, pues es la que revelan encuestas, analizan estudios y cuestionan por masiva ciertos sectores cuando hablan de la sociedad española actual, el abandono de lo social en aras de lo particular. El poema que sigue a continuación, dedicado por la autora a su padre, es una presentación de lo que eran antes las “Clases Sociales”: *Con seis años, mi padre trabajaba / de primavera a primavera. / De sol a sol cuidaba de animales.*

Pero el sistema es uno y el actual se impone, devora a sus hijos, los asimila, los trastoca y convierte en residuales: *Se necesitan cursos intensivos y largos / sobre el ciclo del hielo y su andamiaje, / para así contemplar los tanatorios / del hambre, las plegarias tan humildes / sin respuesta precisa desde los rascacielos. / Sólo existe un sistema, sin reglas ni principios, / que practica –algo torpe- el desescombros / que arroja de aplicar el salva-*



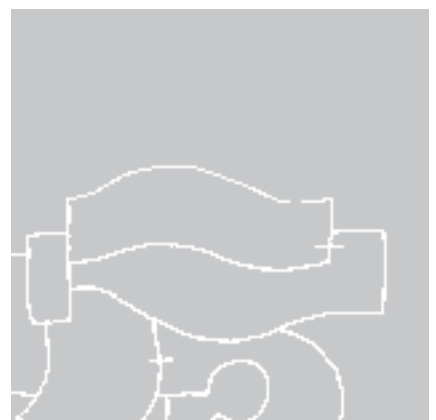
jismo. // *Se necesita química, terapia, indiferencia, / para no vomitar ni desmayarse / como lo haría un maldito cobarde.*

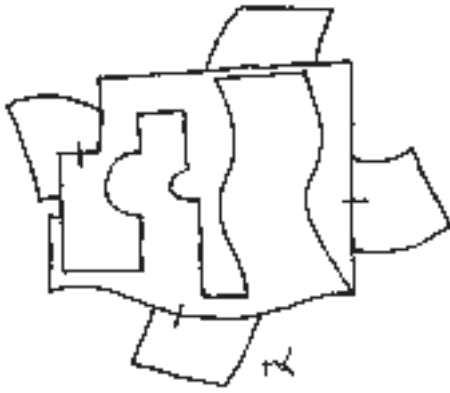
La infancia y la juventud perdidas, la madurez en descalabro, da paso al recurso de lo íntimo, del individualismo, de la pareja como núcleo casi exclusivo del entramado colectivo. En ella nuevamente el papel de la mujer es comprender, aceptar, consolar, limpiar heridas, desterrar miedos y generar un mensaje distinto que aleje de la vivencia que hace exclamar: *Qué fraude es mi discurso.* A su vez, el recuerdo de la “Clandestinidad” o del “Golpe de Estado” que ocasiona la existencia de una comunidad como la actual desvirtúa enfrentamientos, diluye diferencias, asesina virtudes que hoy se apuestan en juegos de azar, pues el protagonista claudica (“héroe cesante”), se resigna y se exilia en su mundo interior como se comprueba en ese “Golpe de Estado” al que he hecho referencia: *Porque ya no soy joven y está lejos la gloria, / un desorden de arrugas se perfila, / se adivina un abismo. / Todo cuanto busqué yace arrasado / al pie de la tormenta... // Mírame claudicar en la marea / de ambulancias y vida sin vivir. / Sólo persigo el centro del exilio: / tu mano, un remolino de sirenas. / Quizá el naufragio, sí, sólo el naufragio.*

Estructuralmente, los poemas de esta obra presentan una primera parte en la que se narra la decepción o la angustia ante el hundimiento de aquello por lo que se ha luchado y un cierre que remite a las nuevas posibilidades que brindará la relación amorosa (“Sálvame tú, que ya no soy valiente” o “... no tiene espada este guerrero / ni suficiente calma / para seguir confiando en aquel triunfo” e, incluso, “El porvenir es perder la memoria”). Por momentos, resulta difícil relacionar los títulos de los poemas con su cuerpo textual, siguiendo las ideas fuerza de éstos el libro mostraría una batalla inconclusa pero continuada y viva que, leyendo las composiciones, se diluye y desaparece en la derrota asumida. Esta decepción imposibilita, tanto la posible fidelidad religiosa como se observa en “Laicismo”, cuanto el amor romántico, por eso ella no está por encima de todo sino que es el regazo último, la patria emocional perdida y encontrada entre codazos y estafas ideológicas: *Ni un país ni una nación ni el Universo en vorágine, / nada me ha pertenecido, nada fieramente mío, / de ningún dios ni de nadie. Todos rivales en celo, / todos timando a los otros, hambrientos depredadores / en la estepa bancaria y la bolsa de Wall Street. / Pero si alguien busca el fuego, pero si alguien grita patria, / me indica siempre la ruta correcta, las cerraduras, / la diana del corazón, el núcleo celular / donde duermes y comienzas.*

Sin embargo, persiste la lucidez de la conciencia social y la denuncia se erige de nuevo en “Tercer Mundo” con los niños (¿preocupación femenina?) como encarnación del horror: *No hay bastantes sepulcros, nichos, fosas comunes, / extensión suficiente, / para enterrar la caza abundante de niños / de una sola jornada. Los asedian nocturnos, / durmiendo entre cartones por las calles. / Al parecer deslucen el comercio.*

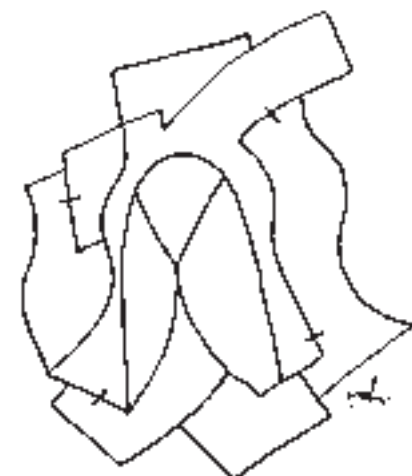
*Cartas de amor de un comunista* es un libro homenaje, pero también despedida, habla de la derrota, de la inutilidad de ciertas posturas y del desengaño, de un mundo en el que no caben “utopías”, pues el fracaso de los países del este resulta aplastante y la democracia burguesa más que una conquista deviene una negociación, un pacto de intereses en el que otra vez parece haberse dejado fuera al pueblo llano, a los más necesitados. Por eso en *Los muertos nómadas*, sin la atadura del personaje masculino, el yo poético manifiesta claramente otra sensibilidad. Centrándose en la enfermedad y la muer-





te, algo que evidencian de entrada las citas que anteceden a los poemas, vuelve a iniciarse con la composición “Clases sociales” ya recogido en la obra anterior. La autora canta a la madre ahogada en un río y se lamenta de su orfandad, denuncia que incluso los muertos deban pagar para que se los mantenga en sus tumbas y rememora con amargura la desconfianza que genera la hija de una suicida y de un padre que los reparte por hogares ajenos (“Puente romano”). No hay anhelo revolucionario, ni siquiera cabe la rebeldía, aquí y ahora lo que resulta injusto es la vejez, la enfermedad, la muerte, por eso los médicos, las medicinas, los hospitales aparecen como los nuevos torturadores, las nuevas condenas en las que se pierde la identidad, en las que la enajenación y alineación son formas de subsistencia. De esa manera, se perciben los “hijos minusválidos de amor” y las “lágrimas de inclusas”, pero también se describe “la casa ardiente de odio” y “la casa agonizante de ansiolíticos”, la “mirada perdida en la neurosis”, o la “entrada en la casa temblando”. También el patio de la “casa inmersa en la locura: albergue de postguerra, cementerio de estrellas” se ensangrienta, se transforma en sanatorio, nueva celda, en la que se actualizan las batallas del Ebro y se afirma que en “España no hay pobres” según la maestra. Al fin, el pánico a nuestra nada nos hace negar a los muertos: *No convoco a los muertos ni a los locos. / Los temo como a perros hambrientos en la nieve. / Los odio porque braman sin tino las mentiras / y despiden olores putrefactos / a jarabe verdoso y a playa con desagüe.*

Quizá, este tipo de poesía no encaje bien en la consideración habitual de la literatura de crítica social, no obstante dentro de su evidente neoesencialismo de obvia denuncia comunitaria incorpora de manera lúcida y no programática el devenir de la historia, reescribiéndola desde la perspectiva de los marginados, lo que sucede es que ahora no sólo se cuestiona la pobreza o la persecución de ciertas ideas, sino que aparece como nunca antes la valoración de la salud, la adaptabilidad, el equilibrio familiar, la juventud. La muerte no se acepta y ello se grita, pero sobre todo no se asume la indiferencia, la burocratización, la insensibilidad, el negocio que se hace con ella y con la enfermedad. Los enfermos, los niños, los ancianos son otro tipo de seres dejados en la cuneta, al borde de la existencia, jubilados o no aptos para competir, luchar, vencer, consumir, votar... son los otros guerreros vencidos antes incluso de iniciar ningún combate. Éstos, meros parias, no eliminan la conciencia de clase, la denuncia persiste, pero como una más entre los ingredientes de la marginación: *Me tira el ser humano, / me quema el sur proletario y silvestre, / el grito de los desaparecidos, / la mano esclava de un niño explotado, / los ojos siervos de algún inocente, / la piel negra del Harlem / y la escoba del apartheid...*

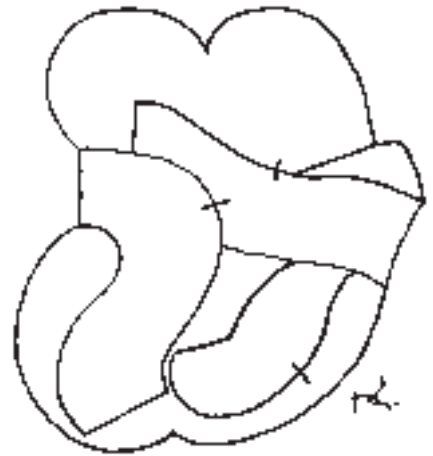


### Conclusión

Se podría decir que, en buena medida, la poesía femenina española con preocupaciones sociales sufre un cierto corrimiento, al menos en algunas autoras, hacia el ámbito de otros problemas más personales y comunitarios que políticos y que este compromiso hacia los otros se enmarca en un paradigma socio-neoesencial; vuelve la náusea ante ciertas conductas humanas, la exigencia de la ética individual o del cobijo del amor y ello ante una realidad diferente que no ha renovado sus ideologías ni sus programas de partido. Hay más misericordia que solidaridad, más responsabilidad individual que incitación a la rebelión, quizá pocas esperanzas en grandes cambios del sistema

en el que vivimos, pareciera que no tan mal. La abundante retórica sobre la enfermedad es el síntoma de una sociedad que ha satisfecho sus necesidades más urgentes y quiere tener mucho futuro por delante. Algo que estas tres importantes autoras avanzan con lucidez.

Quizá ahora sea el momento de nuevos caminos, más reflexivos y menos angustiosos sobre la realidad social de nuestro país y el mundo en general. Los Estados tendrán que pensar en otras prestaciones a sus ciudadanos, como las de la seguridad ciudadana pues hoy resulta peligroso vivir en Chicago, en Madrid, en Bagdad, en Lima, en Buenos Aires... pero éstos como siempre deberán exigirlos, pues los contratos sociales anteriores se muestran superados. En estas encrucijadas, la poesía suele tomar partido, generar su imaginario, plasmar un mensaje visionario. Las jaurías que sólo pretenden el poder y el éxito deben desenmascararse ya que en ellas caben fanáticos religiosos, golpistas, corruptos, demagogos... Nuestra salida de la dictadura hace tan pocos años y el éxito de nuestra democracia no puede desmovilizarnos a favor del *status quo*. La ética individual que defendemos debe ser exigida también a quienes ostentan responsabilidades sociales, administrativas, empresariales, sindicales, etc. Y evidentemente, no sólo la explotación obrera o la persecución política son denunciables, sobre todo en una Europa que intenta erradicarlas. Por aquí, creo, está caminando, al menos en parte, una poesía femenina más poliédrica que dogmática y más personal que partidista, una apuesta que no renuncia al compromiso sino que enriquece sus caras.



## Bibliografía

- Correyero, Isla (1996): *Diario de una enfermera*. Huerga y Fierro. Madrid.
- Deleuze, Gilles (1996): *Crítica y clínica*. Anagrama. Barcelona.
- Pérez Montalbán, Isabel (1999): *Cartas de amor de un comunista*. Germanía. Valencia.
- Pérez Montalbán, Isabel (2001): *Los muertos nómadas*. Diputación Provincial de Soria. Soria.
- Reyzábal, M<sup>a</sup> Victoria (1988): *El sida, alarma social*. Mediterráneo-Agemide, S.L. Madrid.
- Reyzábal, M<sup>a</sup> Victoria (1999): *Instancia en la locura*. Puerta del Mar. Málaga.
- Reyzábal, M<sup>a</sup> Victoria (2001): *Ora pro nobis*. Agua del Mar. Málaga.
- Sontag, Susan (1981): *La enfermedad y sus metáforas*. Muchnik. Barcelona.
- Zardoya, Concha (1996): *Antes que las palabras*. Devenir. Madrid.
- Zardoya, Concha (2002): *Sintonimias del adiós*. Devenir. Madrid